

## CÁNTICO DE LA BODA DEL CORDERO

Ap 19, 5-9

### Narrador

*Del trono salió una voz que decía:*

*Y escuché un rumor como de una multitud inmensa, como ruido de aguas torrenciales, como fragor de truenos muy fuertes. Y decían:*

*Me dijo:*

*Y añadió:*

*Yo caí a sus pies en adoración. Pero me dijo:*

### Coros y solista – Orquestación celestial

¡Alaben a nuestro Dios,  
todos sus siervos y los que le temen,  
pequeños y grandes!

¡Aleluya!  
¡El Señor, nuestro Dios, Todopoderoso  
ha establecido su reinado!  
Alegrémonos y regocijémonos  
y demos gloria a Dios,  
porque han llegado las bodas del Cordero.  
y su novia se ha engalanado,  
la han vestido de lino puro, resplandeciente.

Escribe:  
Dichosos los invitados  
al banquete de bodas del Cordero.

Estas son palabras auténticas de Dios.

¡No lo hagas! Yo soy siervo como tú  
y como tus hermanos  
que mantienen el testimonio de Jesús.  
A Dios has de adorar.

Las exclamaciones del capítulo 19 del Apocalipsis, que pueden constituir un himno y se reproducen en la Liturgia de las Horas (segundas vísperas del domingo), son la conclusión de los capítulos 17 y 18 que narran los crímenes de la Bestia y de Babilonia, anuncian y lamentan su caída estrepitosa. Se trata de cantos de triunfo de los seguidores del Cordero que padecieron la gran persecución.

Lo primero para tener en cuenta es el simbolismo de la Bestia y de Babilonia, llamada también la Gran Ramera. Con ello se alude al Imperio Romano, al Emperador, a Roma, como los enemigos de Jesucristo que persiguieron a sus seguidores. El libro del Apocalipsis, que se escribió hacia finales del siglo I, tiene como trasfondo la experiencia de las persecuciones que padecieron las primeras comunidades cristianas. El Apocalipsis podría calificarse como *samizdat* cristiano de finales del siglo I.

En la primera parte del cántico (1-4), los Vivientes con los Ancianos, proclaman la salvación de Dios y su victoria sobre la Gran Ramera. Luego de este canto de victoria, una voz invita a alabar a Dios. A la muchedumbre celestial se suma la muchedumbre de fieles que proclama el reinado de

Dios y celebra las bodas del Cordero con su Esposa, que no es sino los mismos fieles engalanados con lino blanco deslumbrante. Las visiones finales presentarán la gran fiesta de las bodas del Cordero con su Esposa (cc. 21 y 22). Este cántico festivo contrasta con las lamentaciones por la caída de Babilonia (18,9-24). En él se encuentran los únicos cuatro casos en que se usa en el Nuevo Testamento la invitación israelita a la alabanza: «¡Aleluya! ¡Alabad a Dios!».

En la edición de la Liturgia de las Horas se ha suprimido la voz del narrador y los versos sobre la Gran Ramera. Si consideramos el pasaje en su integridad, hay que leerlo en contrapunto con la maldición sobre Babilonia: «¡Cayó, cayó la Gran Babilonia!» (18,2); los Ayes por su ruina: «¡Ay, ay de la Gran Ciudad!... ¡Babilonia, ciudad poderosa, que en una hora ha llegado tu juicio!» (18,10.16-17.19); y la letanía de lamentos por su desolación: «La música de los citaristas y cantores no se oirá más en ti...» (18,22-23).

El contrapunto son los cantos de victoria de quienes, en la persecución, han triunfado de forma paradójica por su muerte: la multitud de testigos que ha seguido al Cordero y celebran ahora su

festín nupcial. El himno es una liturgia celeste que alcanzará su expresión plena en los capítulos 21 y 22, en los que se celebra la tierra nueva y los cielos nuevos, las Bodas del Cordero, la Jerusalén celestial, donde moran los elegidos, que no necesita que la ilumine el sol ni la luna, porque la ilumina la gloria de Dios y su lámpara es el Cordero.

El símbolo del matrimonio proviene del Antiguo Testamento. El amor conyugal fiel es símbolo de la Alianza fiel de Dios con su pueblo. Por ejemplo, en Oseas (2, 21-25), en Jeremías (2, 2-3). La infidelidad, en cambio, representa la infidelidad del pueblo y la ruptura de la Alianza (Ez 16).

Dos poemas son particularmente significativos. El Salmo 45 que canta el amor de un rey guerrero por su una bella princesa con la que está a punto de casarse. Isaías tiene, a su vez, un hermoso poema de amor de Dios por su esposa Jerusalén (62, 1-9). Una estrofa dice así:

«Como un joven se casa con su novia,  
así te desposa el que te construyó;  
la alegría que encuentra  
el esposo con su esposa  
la encontrará tu Dios contigo».

El Cántico se puede desdoblar en voces: un narrador, un solista y un coro. El narrador, a modo de obertura, invita a la alabanza. En seguida, anima a un coro formidable, apoyado por una orquestación espléndida, a irrumpir en una alabanza grandiosa.

Luego, la voz del narrador invita a un solista, que proclama una bienaventuranza en honor de los invitados a la boda. Finalmente, el solista se desdobla en narrado para indicar que propio narrador se desdobla en actor que cae rendido en oración. Pero el narrador, desdoblado a su vez en actor, confiesa su condición de siervo al igual que el solista y le ordena adorar solo a Dios mismo. Aquí se interrumpe el festejo, por-

que la boda, en la composición del Apocalipsis, se celebra finalmente en el capítulo 21, en una suntuosa y abigarrada liturgia celestial, que comienza así en el relato del Vidente:

«Vi un cielo nuevo y una tierra nueva. El primer cielo y la primera tierra han desaparecido, el mar ya no existe. Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, bajando del cielo, de Dios, preparada como novia que se arregla para el novio» (21, 1-2).

¿Cómo celebrar en un mundo desgarrado una liturgia celestial esplendorosa? Quienes seguimos hoy en día al Cordero, ¿podemos cantar estos himnos de victoria sobre las fuerzas del mal y pronunciar maldiciones y ayes por su destrucción? ¿No sería esta práctica expresión de una visión dualista de la historia en la que las fuerzas del bien triunfan sobre las del mal? ¿No incurriríamos en una forma de pensar intolerante, en una cultura que se precia de la apertura a la diversidad y la tiene como un alto valor para la convivencia?

Por otra parte, la realidad de la violencia, los crímenes, la impunidad y la presencia dominante y aterradora del crimen organizado exigen de nuestra parte repudio absoluto y voluntad de cooperar, como agentes de paz y justicia, para vencer estas condiciones inaceptables para la convivencia.

Es posible celebrar la victoria del Cordero Inmolado y su boda con la Nueva Jerusalén, que es nuestra Humanidad, siempre y cuando vivamos a la vez las bienaventuranzas que Jesús proclamo en el monte: «Felices los afligidos porque serán consolados» «Felices los que tienen hambre y sed de justicia porque serán saciados» «Felices los misericordiosos porque serán tratados con misericordia» «Felices –en fin– quienes trabajan por la paz porque se llamarán hijos e hijas de Dios» (Mt 5,4.6-7.9).